

Volumen XXI

Abril 1.º de 1926

Número 203

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**



Nova et vetera

BOGOTA

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVI

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, abril 1.º de 1926

Un Consistorio Papal

La proclamación de los nuevos Cardenales

Vouz avez arrivé trop tard, me dice el elegante caballero que con el histórico traje a la española da a su puesto de camarero secreto del Papa el colorido de las antiguas cortes. Es un joven buen mozo a quien la negra indumentaria, los calzones cortos, la pequeña capa terciada, los adornos de oro y la gorguera impecablemente blanca, decoran y ennoblecen. En efecto, he llegado muy tarde. La Basílica de San Pedro está absolutamente llena. Yo, gracias a un billete que me dá derecho a ocupar un sitio excelente, he entrado al templo por la escala Braschi, del lado de la sacristía; y a través de vías señaladas para separar las divisiones de categoría en la distribución de los puestos, he llegado hasta el brazo derecho de la cruz griega enorme que forma la Basílica. Aquí va a celebrarse el consistorio público por medio del cual su santidad Pio XI promulgará al mundo católico la creación de los nuevos cardenales. Ciertamente el espectáculo es magnífico. A la soberbia esplendidez del lugar se añaden los especiales aprestos que se han hecho para la celebración de la ceremonia y los prestigios que la corte pontificia en ple-

CONTENIDO

<i>Un Consistorio Papal. La proclamación de los nuevos Cardenales.....</i>	CARLOS LOZANO Y LOZANO
<i>Conferencia Escolar. La conciencia y la libertad.....</i>	MONSEÑOR BAUNARD
<i>Notas bibliográficas.</i>	
<i>Conferencia dictada por don Francisco Rodríguez Marín, con motivo del primer centenario del nacimiento de don Juan Valera.</i>	
<i>Petroglifos Colombianos.....</i>	EDUARDO POSADA
<i>Grado en Jurisprudencia.</i>	V. ESPINÓS
<i>Alma de fraile.....</i>	ANTONIO GÓMEZ RESTREPO
<i>La literatura Colombiana.....</i>	

no, desplegada en la brillantez de sus varias órdenes y categorías, comunica a todos los actos solemnes que con su asistencia se verifican. Sobre el altar del fondo veo un magnífico dosel formado por grandes colgaduras rojas y cuyo respaldo lo constituye un bellissimo gobelino traído de la sala *degli arazzi* del Vaticano. Allí está el trono del Papa iluminado por la luz resplandeciente que producen varias lámparas ocultas que arrojan todos sus rayos sobre la silla del Vicario. En las partes laterales se han elevado dos tribunas para el cuerpo diplomático y los invitados ilustres. En el centro y en líneas paralelas se han colocado los puestos que ocuparán los cardenales, dejando un espacio central que arranca del trono mismo, y que dará paso al cortejo. El vasto recinto está colmado de gentes de todos los países que hablan a media voz todas las lenguas. La guardia suiza con sus abigarrados uniformes, diseñados según parece por Miguel Angel, lo mismo que la guardia palatina, se ha dividido en dos alas que forman la calle de honor por la mitad de la cual pasará el Pontífice sobre la silla gestatoria. Llegan momentos después un grupo numeroso de guardias nobles; es la señal de que el Papa no debe tardar ya. Logro por casualidad ocupar un lugar vacío bastante bien colocado, aunque he perdido el derecho de ingresar a la tribuna. A causa del frío, y no obstante el rigor de la ceremonia, ni los diplomáticos se han quitado los abrigos. Los hombres estamos de frac. Las mujeres vestidas por completo de negro y perfectamente cubiertos el cuello y los brazos según las disposiciones del Papa actual, a quien no complacen las exigencias de la moda. Hay una expectativa general y una ligera ansiedad.

Oigo un grito inmenso que se propaga por todas las bóvedas de la Basílica; hay un clamor poderoso y emocionado; los aplausos resuenan vibrantes y cálidos. Muchas voces españolas aclaman al Pontífice: viva el papa!

viva el papa! Entonces nos alzamos sobre nuestro asiento como lo han hecho todos, hasta los arzobispos, las señoras y los viejos. El golpe de vista es magnífico; sobre la mancha roja que forman con sus trajes los caballeros *sedari* que llevan en hombros la silla pontifical, en medio de la púrpura y el violeta y el armiño de los cardenales, precedido por uno de los príncipes asistentes al solio y por muchos caballeros de capa y espada; dominando el esplendor de los terciopelos de colores, de los cascos relucientes, de los uniformes napoleónicos, de los trajes de corte, se yergue la figura pálida, dulce y serena del Pontífice. Su rostro casi no se distingue entre los reflejos áureos de su capa maravillosa y los áureos resplandores de su mitra. En este momento el órgano deja oír sus voces y un coro estupendo resuena en el templo. El cortejo avanza. Ahora la dulzura y la mansedumbre, la serenidad y la noble sencillez de Pío XI atraen todas las miradas. Le falta grandeza; allí mismo sobre la silla gestatoria no parece un rey. La majestad de su semblante no da ninguna sensación de poderío; de él han huído los prestigios terrenos. No provoca el Papa actual aquella emoción profunda que al decir de todos suscitaba Pío IX. Su mirada no brilla ni atraviesa las almas como la de León XIII. Pero hay un no sé qué indefinible en su fisonomía que le atrae todos los corazones. Hay un recuerdo de la sencillez y de la dignidad de los santos en su actitud de bendición y de amor; hay algo inmensamente suave en las líneas de su rostro. Todo resplandece a su alrededor; él es la pálida sombra de lo eterno. A sus dos lados se mueven dos soberbios abanicos sostenidos por astas largas y delgadas, que recuerdan aquellos abanicos análogos que se inclinan en los grabados de las cortes orientales sobre los reyes tendidos en muelles cojines. Son perfectamente blancos.

El Pontífice lleva colocada la mano derecha sobre el

pecho; a intervalos, lentamente, rítmicamente, armoniosamente, con ademán tan suave que el gesto no diseña casi la cruz, bendice muchas veces a su pueblo, que lo aclama. Pero su rostro casi transparente, quizás conmovido, ni se mueve ni cambia. Está dulcemente rígido. La solemnidad del momento parece que detuviera milagrosamente el tiempo. Hay un gran silencio.

Ahora el Papa desciende y ocupa su solio. El príncipe escogido está a su derecha en pie; a la izquierda un cardenal diácono. El prelado que dirige la ceremonia debe ser Monseñor Ricardo Sanz de Samper. Ocupa este colombiano el cargo de Mayordomo de Su Santidad y Prefecto de los Palacios Apostólicos, dignidad que habiéndose conservado sin interrupción desde 1458, lleva implícito el título de Prelado Palatino, el que solo gozan él y el Maestro de Cámara. El Prefecto es también Prelado de Fiocchetto, tiene derecho al tratamiento de Excelencia Reverendísima y gobierna el cónclave en sede vacante. Es quizá el funcionario más alto de la Corte Eclesiástica Pontificia.

Los cardenales se acercan por turno a besar la mano del Papa. Después algunos de ellos salen en comisión para introducir al consistorio a los nuevos elegidos, uno de los cuales es Monseñor Gasparri, sobrino del Secretario de Estado, y quien estuvo varios años en Bogotá como Nuncio de Su Santidad. Hay dos españoles, los arzobispos de Sevilla y Granada, un irlandés y dos o tres más, italianos. Algunos instantes después la comisión ingresa de nuevo al recinto. Los cardenales nuevos van de uno en uno, entre dos de los antiguos; llevan la cabeza descubierta, sin el pequeño círculo de seda distintivo de todos los obispos. Marchan lentamente y llegados ante el solio pontificio escuchan en pie la lectura de los documentos en que consta su nombramiento. Después se arrodillan sucesivamente para besar los pies del Papa; le besan lue-

go la mano; reciben en seguida dos ligeros abrazos, inclinándose sobre el brazo derecho y el izquierdo del Pontífice, y finalmente reciben de sus manos el capelo que Pío XI les impone sobre la cabeza, después de habérsela cubierto con el extremo de una especie de esclavina roja que llevan sobre los hombros. Desde lejos el famoso capelo aparece como un gran disco rojo sobre la frente de los nuevos ungidos. Todos los detalles de la ceremonia anterior han sido de una grande solemnidad y elegancia; todos se han desarrollado con una magnífica dignidad. Terminando el acto una vez que todos los miembros del sacro Colegio han vuelto a sus puestos, Pío XI se alza en el trono y canta una breve oración con esa voz de timbre exquisito que constituye el mayor atractivo de su persona, bendice una vez más a la muchedumbre y pártela de nuevo sobre la silla gestatoria. Nuevos aplausos, nuevas aclamaciones, nuevo vocerío. El Pontífice vuelve a su palacio por el interior de la Basílica, al lento andar de su vasto cortejo.

El concurso empieza a disolverse; yo me espero todavía. Minutos después los cardenales retornan de acompañar al Papa y entonces, despejado el ambiente, los observo de cerca. Reconozco a Vico, a quien he visitado personalmente, a Ragonesi, grande amigo que fue de mi padre cuando estuvo en Colombia, a Gasparri, que refleja en su ancha faz una profunda satisfacción; todos tres han ocupado la nunciatura en Bogotá. Luego me indican al otro Gasparri Secretario de Estado y algunos más; hay muchos que son ancianos temblorosos cubiertos de canas. Los cardenales van ahora a adorar al Santísimo; y una nueva ceremonia tiene lugar en una capilla arreglada al efecto. Los nuevos cardenales se tienden en tierra; los otros de pie, entonan cantos y oraciones. El traje de los príncipes de la Iglesia es realmente suntuoso. Ellos son una decoración bellísima sobre el lujo indecible de la Basílica de

San Pedro. Están allí como en su mejor elemento. Yo recuerdo involuntariamente el maravilloso retrato del Cardenal Richelieu que hizo Champaigne y que se conserva en el Museo del Louvre de París.

Al salir de la Basílica de San Pedro llevo un recuerdo imborrable; aún mis ojos conservan la impresión luminosa del consistorio papal. Pero me asalta el remordimiento de haber perdido hoy la conferencia de Enrique Ferri en la Universidad. Y es que vale mucho una lección de aquel gran Ferri que más allá de los setenta años conserva todavía su vida entregada a la ciencia y consagra sus mejores horas con amor y solicitud incansables a la enseñanza de la juventud. De aquel ilustre maestro cuya elocuencia gloriosa hace olvidar a veces que solo una parte de su doctrina es verdadera.

Roma, 17 de diciembre de 1925.

CARLOS LOZANO Y LOZANO.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico